

**EL MOMENTO DE LA VERDAD-I**

Texto:  
**CESAR SANTOS  
FONTENLA**

Fotos:  
**SANCHEZ MARTINEZ**

# LOS TOROS: EL MITO



El momento de mayor expectación es aquel en que, después del brindis, la plaza entera se pregunta lo que el torero —en este caso el maestro Bienvenida— va a hacer. Arriba, unos quites para sacar al picador caído de entre las patas del toro.



Se ha reprochado a "TRIUNFO", con frecuencia, el no ocuparse de toros. Incluso se ha hablado de "alergia" a la fiesta nacional. La serie de reportajes, cuya publicación iniciamos hoy, no pretende ser sino una aproximación a un tema que, siendo una de las componentes de la realidad española, no puede sernos ajeno. Y que sólo podrá ser desarrollado en su integridad con la colaboración de nuestros lectores y la polémica, en su caso, de los interesados directamente en la materia.

**U**NO de los grandes mitos españoles ha sido el de los toros. Y vaya por delante que no hay ninguna razón para dar a la palabra un sentido peyorativo, aunque con frecuencia se haga así. Y si desmitificar puede considerarse «positivo», lo será sólo en cuanto que se trate de intentar una aproximación realista a un fenómeno —el que sea—, pero nunca en el sentido de crear una mitología opuesta. Y se da el caso de que, en la mayoría de las ocasiones en que se han intentado desmitificar los toros ha sido aquél el procedimiento elegido. En un vaivén, en un

entrecruzarse de concepciones mitificadoras, tal que nunca se llega a saber con exactitud cuándo se habla de causas y cuándo de efectos, en la «fiesta nacional» se han centrado, alternativamente, todas las virtudes y todos los defectos de «la raza». Pero sin que haya llegado a plantearse de un modo absolutamente lúcido si los toros existían como fiesta, como espectáculo, como oficio y como industria, porque «la raza» era como era, o si «la raza» era como era porque existían los toros.

Es evidente que, en la copiosa literatura taurina y en la menos copiosa **SIGUE**

antitaurina existente, hay siempre un punto de razón. Es evidente también que las interpretaciones —que van desde lo erótico a lo religioso— de la fiesta no pueden tacharse apriorísticamente, y de un plumazo, de gratuitas. Pero no es menos evidente que, en general, ha existido un divorcio entre estas interpretaciones literarias y las razones que llevaban al público a los tendidos, y, sobre todo, entre la evolución del espectáculo taurino y la más amplia de la sociedad en que se desarrolla. En primer lugar, y mientras un proceso económico tenía y sigue teniendo lugar al margen de la fiesta, ésta, por sus especialísimas características, no lo sigue —esclava de la tradición que pesa sobre ella como sobre ningún otro espectáculo—, no lo acusa más que en un sentido estrictamente cuantitativo, sin que cualitativamente le sea posible asmirlo. De ahí, posiblemente, proceda una de las más agudas contradicciones que la marcan, y de ahí, también, posiblemente, la dificultad de intentar una aproximación al tema que pueda pretenderse sinceramente lúcida.

En una época no demasiado lejana —la de máxima influencia de los postulados defendidos por los hombres del 98—, se hablaba con gran seriedad de la necesidad —si ello hubiera sido posible y la posibilidad hubiera estado en las manos de los que así pensaban— de acabar de una vez con las corridas de toros. Ello en función de criterios radicalmente opuestos a los que, mucho antes, habían guiado a la Iglesia para solicitar la misma medida. Y hoy mismo es difícil, a quienes intentan racionalizar actitudes de este género, llegar a conclusiones parentonias en este sentido.

### falso símbolo

Si no cabe duda sobre el origen religioso de las fiestas de toros —como por otra parte, de todo tipo de fiestas, surgidas como concepto en un momento de la Historia en que el hombre, en los inicios de su evolución intelectual, buscaba la causa de todo en el más allá— parece mucho más discutible que, en su manifestación actual, pueda seguirse hablando de ella bajo este punto de vista. Y en cuanto a sus componentes eróticos, que pueden encontrarse sin esfuerzo aparente y a poco que uno se lo proponga, las interpretaciones van desde la afirmación del carácter esencialmente femenino del torero, que lucha, con engaño y coquetería, con el toro, símbolo tradicional de la virilidad, a la opuesta de la afirmación de la superioridad del torero sobre este propio símbolo, al que domina. Interpretaciones todas, como muchas otras dadas desde bases no exentas de romanticismo, que no pueden agotar, en cualquier caso, el significado de los toros. Como tampoco pueden agotarlo las que, jugando un tanto con la terminología tradicional que califica al espectáculo taurino de «fiesta nacional», pretenden ver en los toros la reducción a símbolo de las características más definitorias del pueblo español. Porque, para empezar, habría que preguntarse en función de qué intereses las características de individualismo, machismo, crueldad y necesidad de control riguroso por parte de la autoridad establecida se han fijado, de una vez para siempre, y poco menos que por decreto, como constantes inmutables de nuestro pueblo. Si es a través de este juego como se pretende justificar una postura de total oposición a la supervivencia de la fiesta, resulta que la postura ha de calificarse al menos de paradójica, ya que,



Las puertas de la plaza se abren dos horas antes de la corrida. Y, en realidad, toda la jornada —sobre todo cuando se trata de ciudades en las que sólo de tarde en tarde se celebran festejos— gira en torno a los toros. Un público en gran parte popular se aglomera en torno al coso. Y, momentos antes del paseillo, los diestros, en el callejón, reciben el saludo de amigos y admiradores. En la foto, Manuel Benítez «El Cordobés».



en función de una pretendida toma de actitud en contra del fascismo, de que muchas veces se ha tachado a la fiesta, se cae en una postura mucho más grave y ésta sí, indudablemente, fascista, al definir a un pueblo en virtud de unas coordenadas que no son las suyas o que si lo son, en un momento dado, y en razón de una determinada circunstancia histórica, no lo son, en todo caso, de un modo indeleble y determinante.

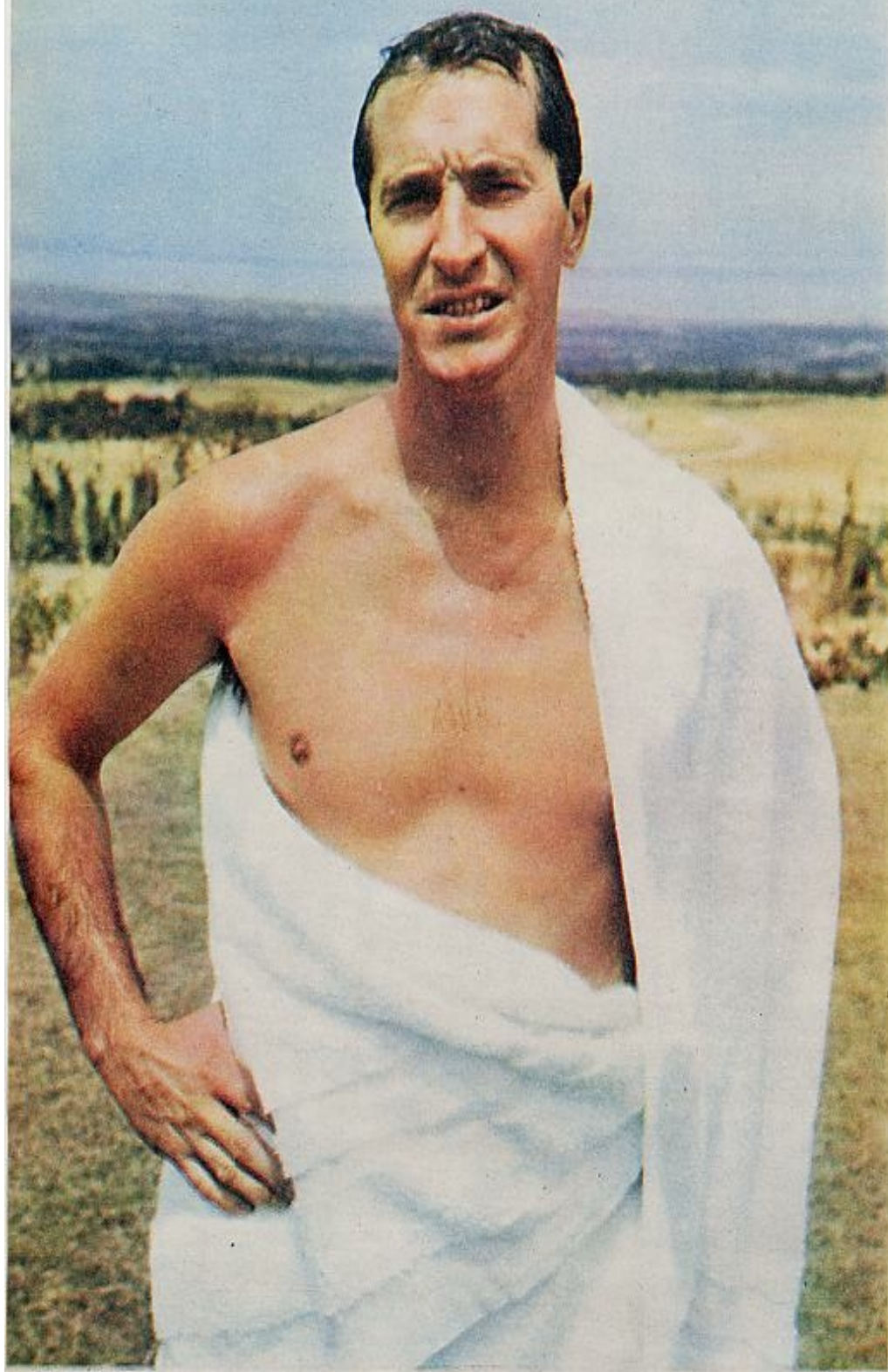
Y, en sentido inverso, tampoco puede decirse que lo que de individualismo, machismo, etc., haya en el espectáculo taurino, tenga la fuerza suficiente como para imprimir estas mismas características en las conductas y tomas de posición morales de quienes asisten a él de un modo más o menos regular. La crueldad, por su parte, no se manifiesta en los toros —aunque intervenga la muerte y corra abundantemente la sangre— de un modo más estentóreo que como puede hacerlo en la caza o en el boxeo, por poner dos ejemplos escogidos al azar y generalmente admitidos por la sociedad bienpensante. Y, en lo que respecta a lo que de cruel pueda existir — e, indudablemente, existe— en la actitud con frecuencia desafiada del público taurino respecto a quienes están en el ruedo, es justo decir que, si bien hay evidentemente una transferencia de odios y una sublimación de represiones de todo tipo en la base de esta conducta, su exteriorización se manifiesta en términos que, si bien por la vehemencia con que se producen, pueden parecer más apasionados, los son menos que los similares que se producen durante las manifestaciones deportivas especialmente los partidos de fútbol. Si en los toros, el espectador que ha insultado de mala manera al torero, en un momento dado, es capaz de aplaudirle frenéticamente y de sacar su pañuelo en solicitud de la oreja minutos después, a raíz de una buena faena, el espectador de fútbol será mucho más remiso a premiar la actuación del club rival de aquel del que es seguidor. La alienación, en este sentido, es mucho mayor; y, basada en un partidismo muchas veces irracional y de resonancias «nacionalistas», es —sin contar con la dimensión que le da la enorme repercusión y la fijación colectiva que representa— mucho más peligrosa que la que pueda existir a través de los toros. Y si en un caso puede hablarse de violencia y sangre, no puede olvidarse que ni la violencia está excluida del deporte ni el hecho de la necesidad de una victoria —en un sentido diverso a lo que de victoria pueda existir en la muerte del animal por el hombre— excluye un afán de aplastar al contrario que, sin merma del espíritu deportivo, entraña una incitación a la lucha más marcada, no más noble que la que enfrenta a los protagonistas de la corrida.

### contradicciones

Baste lo dicho —que está muy lejos de ser exhaustivo en cualquiera de los terrenos apuntados y del lado de cualquiera de los bandos en liza respecto a la defensa o condena de la fiesta— en lo que se refiere a los argumentos que, sin tregua, se esgrimen cada vez que se trata de aproximarse con un criterio crítico y no romántico al hecho de su existencia.

Lo innegable es que los toros existen. Que en torno a ellos no sólo viven una serie de hombres, sino que se tejen una serie de intereses económicos en virtud de los cuales se organizan, en su mayoría, **SIGUE**





Durante muchos años —tomó la alternativa a los catorce, en América— Luis Miguel ha sido figura máxima del toro. Ahora, apartado de los ruedos, es un poderoso hombre de negocios. A la derecha, Miguel Báez «Litri», que llenó las plazas en los días de su «rivalidad» con Aparicio, retirado hoy en Huelva.

las especulaciones «metafísicas» que han de constituir la superestructura del problema. Y que, en cualquier caso, la aproximación a una realidad existente no pueda nunca hacerse en virtud de un «si no existiera» o «si fuera de otra manera», sino del análisis de sus condicionamientos objetivos y de su posible evolución.

Si, al margen de sus características estéticas, la fiesta de los toros constituye un importante tinglado económico, con las contra-

dicciones implícitas en ellos, hay que decir que estas contradicciones, por las razones apuntadas más arriba, se manifiestan aquí con más agudeza que en cualquier otro tipo de espectáculo. Empezando por las específicas características que, simplemente en lo que se refiere a la consideración de espectáculo, ofrecen los toros, y que le diferencian de los demás. Nacida como una manifestación aristocrática, la corrida, al profesionalizarse —y enplebeyecerse, por lo tanto—, se

ha quedado anclada en las condiciones económicas que la vieron nacer en esta segunda etapa. Y entre tanto, a medida que los demás espectáculos han ido adquiriendo características diferentes en función de las evoluciones conjuntas de la economía y la técnica, los toros —salvo en lo cuantitativo— no han seguido el curso de la historia. El hecho de que cada corrida, como espectáculo, empiece y acabe en sí misma, con un grado de imprevisibilidad en su desarrollo que sobrepasa con mucho no ya el de cualquier espectáculo teatral o parateatral, sino incluso el de cualquier manifestación deportiva, plantea una serie de problemas que hacen de ella algo completamente específico. Ni es posible descontar de antemano el resultado artístico ni, mucho menos, el económico. Y, sobre todo, es enormemente difícil el montar una campaña duradera en la que gastos e ingresos puedan calibrarse de



un modo, aunque sea aproximado, y que permita hablar de organización industrial en un sentido estricto o, simplemente, amplio. De ahí que la economía taurina sea siempre algo fluctuante, sometido a unas leyes de oferta y demanda en continuo cambio y, por ende, a toda una serie de irregularidades que con frecuencia se traducen en un aventurerismo de mayor o menor cuantía, pero aventurerismo, al fin y al cabo.

Si todo el negocio del espectáculo está, en mayor o menor grado, sometido a este régimen, en el mundo taurino, los relieves se hacen más nítidos, las aristas más afiladas. Dejando al margen el cine, donde las posibilidades de adaptación a una estructura industrial —capitalista o no— son mayores, cualquier otra actividad de género espectacular permite realizar una serie de previsiones, organizar una cadena de contratos en que viajes, actuaciones, gastos y posibles ingre-



Figura central de «El verano sangriento», de Hemingway, como su padre lo fuera de «Fiesta», Antonio Ordóñez, voluntariamente apartado de los ruedos, ha vuelto a ellos en el curso de esta temporada.



tos, puedan ofrecer una apariencia de rentabilidad. En los toros, estas posibilidades se reducen al mínimo. A comenzar por las rutas a seguir—determinadas por la celebración de ferias y fiestas en las distintas localidades, festejos a los que, salvo las muy grandes ciudades, van ligados los espectáculos taurinos— y, en segundo término, por la propia dinámica, que hace que, salvo contadísimas figuras, la mayoría de los contratos vayan haciéndose sobre la marcha, en función del número de éxitos del torero en cuestión y de su repercusión y dimensiones.

## pirámide taurina

De ahí, pues, que cuando se habla de una picaresca de los toros, no haya que pensar que se trata de algo inventado, ni tampoco en algo debido a una especial perversidad específica de cuantos componen este mundillo, sino de algo que, como todas las picarescas, tiene su origen en planteamientos económicos. Que luego, como en todas las profesiones revertidas hacia el exterior y volcadas a la publicidad, sus manifestaciones sean más espectaculares y su repercusión mayor, no es sino lo más normal. Como lo es el que, por las especiales condiciones del trabajo y su remuneración— lo que será objeto del próximo artículo— y por la alienación que la particularísima posición que el torero ocupa en nuestra sociedad no puede menos que producir, los desequilibrios económicos sean acusados con especial relieve.

El espejuelo del dinero «fácil» y **SIGUE**

# CADA IDOLO POSEE EL SE



Una verónica de Antonio Ordóñez, torero clásico, de los que nunca descomponen la figura, de los que «no se manchan», procedente de ilustre familia taurina.



Paco Camino, firme en su puesto, considerado por muchos como el mejor de los toreros jóvenes, aparece en la foto dando una de sus apreciadísimas chicuelinas.



Un recién llegado, Andrés Hernando, lanzado a la celebridad en esta temporada, y que está imponiéndose firmemente, aparece dando uno de sus derechazos.



Un pase de pecho de Jaime Ostos, en torno a cuya figura Jean Cau ha escrito un libro sobre los toros de pretensiones desmitificadoras: «Las orejas y el rabo».

abundante deslumbra y, con frecuencia, arrastra a cuantos corren en su persecución. Y, en el remolino del que emergen los pocos sobre cuyo triunfo se mantiene el mito, se hunden, en una lucha desesperada y sin piedad, los más. Los alucinantes desniveles no se ven contrarrestados por un censo profesional lo suficientemente estable como para que aquellos se conviertan en algo excepcional, sino que, por el contrario, es en función de la excepción como existe lo que, en cualquier otro planteamiento económico, supone la base necesaria sin la que la excepción no puede surgir. Organizado de arriba abajo, el mundo de los toros, si ha perdido el sentido aristocrático que presidió sus orígenes, no lo ha hecho totalmente. Dentro de él, ser «el mejor» (αριστος) no es sólo una aspira-

ción: es una ley. Y ello porque sólo así el dinero vendrá. Y, por lo tanto, el destacar es necesario. A ello se encaminan los esfuerzos de todos. Y, a la sombra de la eventualidad de ser el mejor, la «figura», los demás se queman, se dejan explotar, nutren esa picaresca que tantas veces se considera como definitiva del toro.

## el pueblo invitado

Por ello surge el mito, como algo necesario. Algo que no sólo tiene como misión el ser la luz que corrija las sombras arrojadas por tantas cosas, sino, al propio tiempo, ser el origen de esas sombras. Y el mito existe en una doble vertiente. Desde dentro y desde fuera; hacia afuera y hacia dentro. En una

interrelación mantenida a lo largo de siglos, el torero se convierte no sólo en un mito de la encarnación del triunfo, sino a una escala más amplia, pero orientada en el mismo sentido, en mito erótico y, en general, en objeto de todo un folklore que no debe entenderse en su acepción más inmediata y desprestigiada, sino en la más válida y auténtica. Llamado a la participación en la corrida cuando, con ocasión de la profesionalización de ésta, su aportación económica se hace precisa, el pueblo asimila rápidamente el mito que empieza a nacer, y agradece el haber sido «invitado» a la fiesta haciendo del torero centro de sus canciones, de sus romances. La literatura «culta» se apoderará del hallazgo y lo devolverá, elaborado, al pueblo. Y a partir de ahí surgirán, con el transcurso del tiempo, las no-

# CRETO DE UNA SUERTE

Fotos BOTAN



Dentro de la corriente «tremendista», Manuel Cano «El Pireo», violento y espectacular, en un pase natural, con la talegulla manchada de la sangre del toro.



Se han hecho hasta juegos de palabras con el valor de Diego Puerta, que le ha costado innumerables cogidas. En la foto, aparece dando un pase de castigo.



Santiago Martín, a quien se reprocha a menudo su excesiva seriedad, es quizá, en estos momentos, quien mejor mata, lo que le ha valido el apodo de S. M. «El Viti».



Todo ha terminado. E incluso en ese momento el toro y el torero —Antonio Bienvenida, veintitantos años de limpio historial— componen una bella estampa.

velas pseudopopulares sobre el tema, en alternancia con el acercamiento de los escritores importantes al tema taurino, sin que, en general, este acercamiento suponga una desmitificación del tema, sino, por el contrario, una exaltación del mito. El cine, en general, también ha contribuido —salvo excepciones como «Torero», o, en menor grado, «El momento de la verdad» o «A las cinco de la tarde»— a esta mitificación del mundo de los toros y, especialmente, del matador. Y decenas de formas de arte menor, de pretensión popular, han adoptado el tema. La prensa, por su parte —el problema de la crítica taurina, en su aspecto profesional, será tocado en un próximo reportaje— también presenta el mismo aspecto del torero y su mundo, su vertiente espectacular, sentimental, románti-

ca muchas veces. Entretanto, mientras el mundo real del toro sigue siendo una incógnita para una gran mayoría de españoles, el nombre y la imagen de los que están arriba —unos pocos, muy pocos, entre muchos miles— están en la mente de todos, acercados hoy a los hogares a través de la televisión, multiplicados por las modernas técnicas de difusión, en olor de popularidad... Por encima de los de las estrellas de cine, de los futbolistas más prestigiosos, los nombres de unos cuantos toreros son algo del dominio público. Figuras brillantes, orladas de un halo casi mágico, en las que con frecuencia se encarnan las aspiraciones transferidas de miles de hombres. Y, naturalmente, los anhelos insatisfechos de miles de mujeres. Su real dimensión es otra o, mejor dicho, no es sólo

ésta. Es también la del trabajo, la del oficio, ligada íntimamente a la primera. Todo lo que de dedicación profesional hay en el mundo de los toros, lo que incita a miles de muchachos a lanzarse a la arriesgada aventura de querer llegar a hacerse un nombre en los toros, lo que de verdad puede ser la única desmitificación posible y no mitificadora de un mundo desconocido bajo el relumbrón que le rodea, será objeto de los próximos reportajes. Que, en todo caso, no aspiran a zanjar de una vez, y para siempre, los enormes y complejos problemas que continuamente se siguen planteando en torno al tema, sino, por el contrario, a despertar un interés y, en consecuencia, una polémica que no puede ser sino beneficiosa y esclarecedora.

C. S. F.